

¿Pedagogías colectivas en el museo? Retos y complejidades entre pedagogías e instituciones culturales

Javier Rodrigo y Antonio Collados¹

Primera escena [una ciudad cualquiera, a las 19h de marzo]

Un grupo de personas se reúne semanalmente en un solar cedido del ayuntamiento ya desde hace 3 años. Toca asamblea. Es jueves por la noche. Hace frío, corre el viento. Está entrando la primavera en la ciudad pero todavía el tiempo no permite la ebullición que tendrá este sitio a principios de verano. En esa época el espacio explota, literalmente se inunda de gente. Ahora toca pasar frío, ser poquitos en el grupo motor. Pese a ello surgen temas a trabajar. Se discute y reflexiona sobre asuntos que el día a día no permiten por la gestión y cuidado del espacio. Finalmente el grupo va a tomar unas cañas. Bueno, no todas, las personas que pueden. Otras tienen que volver a sus casas, a cocinar o tienen gente a sus cuidados.

Segunda imagen [la misma ciudad en primavera. Domingo por la mañana]

Es verano y el solar se desbordó de nuevo la noche pasada. El último evento convocó a más personas de las previstas. Dejó todo patas arriba. Sale el sol por la cornisa de un edificio y el barrio comienza a moverse a estas horas. Es necesario controlar las llaves y los responsables del espacio de cada evento. Hoy es el día de zafarrancho de limpieza. Se ha convocado a los grupos afines para armarse con batas, escobas, recogedores y todo tipo de utensilios de cuidado doméstico de un hogar. Un hogar colectivo generado en este espacio. En dos palabras: toca limpiar [y es domingo].

1. Tensiones productivas.

Bajo estas escenas vemos dos elementos en tensión del día a día de los proyectos colectivos y las pedagogías colectivas:

Por un lado, en la primera escena, vemos la dificultad y el trabajo que cuesta mantener un espacio de coordinación común a través de la complejidad de una asamblea y sus condiciones materiales. Aquí la cuestión fundamental es cómo aprender a mantener espacios de discusión, de debate, de diálogos complejos donde habiten y coexistan nuestras diferencias. Lugares de aprendizaje donde los afectos y nuestras interdependencias se cruzan.

Por otro lado, la segunda escena nos remite a las políticas de cuidados. En este caso a las tareas domésticas, no tan glamorosas de limpiar, reparar, mantener cierta accesibilidad de un espacio común. Tareas grises, invisibles, poco atractivas en general, y siempre delegadas en un segundo plano.

1 Texto escrito en el año 2014, y publicado en Septiembre 2015, en la revista digital del Museo Thyssen. <http://pdigital.museothyssen.org/index.html?revista=96653354&pagina=26261>

Ambas situaciones dan cuenta de tensiones, de retos difíciles de trabajar. De paradojas y complejidades de construir sobre lo colectivo. Nos dan cuenta, en definitiva de los elementos de trabajo que se ponen en juego en un cuerpo colectivo, de cómo es el aprendizaje colectivo: cuesta, a veces explota, otras es imposible de progresar, a veces es improductivo, otras lúdico, otras atractivo, en definitiva, un vuelo de mariposa...

2. ¿Pedagogías colectivas en el museo? Cuestionándonos entre todas.

Tomando estas dos escenas, como escenarios del potencial pedagógico de los procesos colectivos, nos planteamos dos preguntas interrelacionadas: ¿Qué puede aprender un museo, institución cultural, de las pedagogías colectivas? Y también ¿Qué les queda aprender a las pedagogías colectivas cuando se relacionan con un museo o institución cultural?

Preguntarnos sobre los límites y tensiones que emergen en proyectos colectivos puede ser un punto de inicio desde donde plantearnos cómo trabajar y transformar las instituciones. Establecer un diálogo de ida y vuelta entre estos procesos y los museos es una forma de situar la pregunta sobre las relaciones entre museos y pedagogías desde otro ángulo. No se trata tanto de responder sobre qué estrategias o herramientas son pertinentes aplicar en las relaciones de un museo y las comunidades, o qué puede ofrecer y aportar una institución cultural en este tipo de colaboración, o simplemente responder a cómo generar o construir nuevos públicos?. Preguntas todas que centran su atención en el museo como único espacio de enunciación y productor de cultura y conocimiento. En cambio, problematizar el rol del museo, sus culturas y la de los grupos que colaboran con el, nos sitúa en otro tipo de preguntas. Nos ayuda a responder entre todas a cuestiones de tipo: ¿Qué puede aprender un museo en conjunto con otras instituciones o grupos, qué nos queda por aprender y cómo construir este aprendizaje con otras redes, colectivos o iniciativas?

Claramente no hay una única respuesta a estas preguntas. Tampoco hay respuestas buenas o malas, correctas o incorrectas. Lo único que podemos afirmar al respecto es que hay múltiples tentativas, experimentos y ensayos que intentan dar respuestas a estas preguntas. Respuestas que, curiosamente, levantan más dudas, más preguntas... un proceso de aprendizaje siempre conlleva preguntarnos más cosas, nunca cerrar nuestro conocimiento, clausurarlo o demarcarlo como ya resuelto.

3. Tentativas entre museos y proyectos colectivos. Algunos apuntes sobre lo imprevisible

Siguiendo esta reflexión sobre lo imprevisible, ahora nos disponemos a trazar algunos elementos de trabajo que nos han servido desde Transductores¹ para seguir cuestionándonos en los proyectos colectivos donde estamos desarrollando prácticas de mediación y experimentos pedagógicos. Más que líneas estratégicas, más que herramientas al uso, son tentativas que señalan ciertos modos de trabajo, ciertas posiciones y puntos de partida.

- Trabajar “desde” redes activas, no “con” o “para” comunidades

El trabajo colaborativo que hemos desarrollado siempre ha partido de la premisa de que no trabajamos con comunidades o grupos como sujetos o elementos aislados. Hemos evitado la definición que nos enmarca en prácticas de arte comunitario o de arte educativo con comunidades. Nuestro trabajo de mediación ha partido de reconocer y trabar desde redes activas en el territorio, desde sus saberes, ritmos y necesidades. A partir de ahí pensamos que una red puede ser: un equipo educativo y las escuelas con las que trabaja en un museo, una red de trabajadores sociales o comunitarios que se juntan bajo una plataforma, una escuela con sus docentes, grupos de estudiantes, madres, padres, bedeles, y otros actores. Son siempre dinámicas, en movimientos, crece, decrecen y pueden incorporar nuevos actores o grupos.

- Generar situaciones de aprendizaje colectivo, de co-diseño

El trabajo con proyectos colectivos debería huir, en la medida de lo posible, de las políticas de proyectos. Estas nos fuerzan a diseñar con objetivos claros, grupos-objetivo (Tarjet group) y contenidos que hay que trasladar, llevar a los grupos e imponer a la realidad con el fin de conseguir objetivos y resultados cerrados. Estas políticas conllevan diseñar paquetes cerrados o acciones predefinidas y diseñadas de antemano. Proyectos cerrados. Por lo contrario desde Transductores hemos intentado generar situaciones de aprendizaje entre todos los grupos y redes implicadas, muchas veces ofreciendo oportunidades de encuentro entre personas con diversos perfiles. Construir laboratorios y encuentros dialógicos donde sentarnos a trabajar juntas y co-diseñar. En este sentido se trataría, en la medida de lo posible, de evitar las políticas de servicios, proyectos para comunidades y paquetes pedagógicos. Intentar promover espacios de negociación y co-diseño de iniciativas en proceso continuamente abierto, ya que es ahí donde se enriquece el trabajo colaborativo.

- Desarrollar desbordes reversivos

Como desbordes reversivos, nos referimos a situaciones de transformación institucional en los que la misma transformación pueda revertir en mi misma institución, como un código abierto a modo de efecto boomerang. De forma práctica, estos desbordes suponen pensar que el trabajo con redes activas provoca dos tipos de desbordes: el primero hacia ellas, ya que entran en relaciones con espacios o instituciones culturales con otros modelos de trabajo y supone una cierta recomposición, reequilibrio. Pero sobre todo este desborde también transforma a la misma institución cultural desde dentro. Se generan relaciones más o menos porosas que en último caso también ponen en cuestionamiento los modos de producir, gestionar y mediar la cultura. Es importante que en una relación colaborativa ambas partes se muevan, se recompongan, se transformen. Es decir aprendan algo, para que realmente se de una colaboración.

- Colaborar con perspectivas a largo plazo y tiempos slow

El planteamiento de las agendas de los museos en cuanto a trabajo educativo suele pensarse por paquetes cerrados y talleres, en los que es difícil parar o evaluar. Normalmente se cae en la rueda de la sobre-inflación de actividades y generación de novedades o proyectos innovadores. En procesos colaborativos es necesario pensar en perspectivas amplias y tiempos lentos, en relaciones de 3 a 5 años, donde nos demos tiempo, construyamos nuestras relaciones y no nos dejemos seducir por “pedagogías transgénicas”. Donde se construyan otros tiempos y nos adaptemos a los ritmos y espacios de los colectivos con los que entramos en relación. Para poder elaborar políticas

sostenibles y, sobre todo, lentas es necesario adaptarnos, escuchar y trabajar con los ritmos, espacios, tiempos y modos de relación de los grupos.. y esto cuesta.

- Cuidar lo reproductivo y entender los conocimientos abyectos y posiciones invisibilizadas

En los procesos colectivos es importante reconocer los trabajos domésticos, de acogida y cuidado de las personas que componen el cuerpo colectivo. El reto es entender que lo reproductivo es parte fundamental del proceso colectivo, de modo que podamos cuidar los modos de relacionarnos, de mediar y generar entornos cómodos y habitables para todas. Este trabajo conlleva reconocer qué saberes están normalmente excluidos o invisibilizados en las instituciones culturales, pensando que son igual de importantes o más incluso, pese a no tener un valor inmediato para la producción cultural. Así el rol de educadoras, cuidadoras de salas, trabajadores comunitarios y otras personas que mantienen estos lazos es fundamental y debe ser reconocido y retribuido al mismo nivel que un artista o comisario.

- Colaborar es negociar

Finalmente, cabe matizar que colaborar no es trabajar en armonía, o estar siempre en un acuerdo o “buen rollismo” constante. La colaboración también está marcada por los beneficios que queremos obtener y los capitales que ponemos en juego. Colaborar cuesta, se aprende, se desaprende. Surgen fricciones, conflictos, no es un camino de rosas, pero tampoco es un desierto lleno de espejismos. Trabajar con otrxs por mucho que no nos guste, o surjan desacuerdos, es clave. Adquirir otros registros y lenguajes da muestra de la capacidad de adaptarnos y entrar en colaboración, no simplemente obligar al otro a entrar en mi registro o alfabetizarlo. Coexistir desde nuestras diferencias es más interesante que neutralizarlas por el diálogo o acuerdo hegemónico. Entender que siempre hay una tensión implícita en los procesos donde se componen personas e instituciones. Una tensión que es productiva y necesaria en los procesos colectivos. Ceder, escuchar activamente y salir de las zonas de confort son pilares básicos de la colaboración. Y pese a ello, a veces no siempre hay que colaborar, las resistencias también nos dicen muchas cosas...